PQ2327
T7

CAPILLA ALFONSINA
UANL

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

PREFACIO.

En 1820 comencé la carrera política por la diplomacia. En 1830 dí mis primeros pasos en la polémica publicando un folleto con el título de *Política racional.*

Este folleto no es mas que la fecha de mi política parlamentaria. Para mí no tiene otro mérito; para los lectores no puede tener mas que el de establecer la conformidad perfecta entre todas mis ideas de entonces y todas las de hoy. No refiero à ese escrito á mis amigos, pero sí, y con toda confianza à mis calumniadores, pues verán que no he seguido mas que una línea, la que parte de la conciencia y termina en el progreso posible bajo todas las formas de gobierno. Ese folleto inserto en mis obras generales no es

mas que la fé de bautismo de mis ideas. Será además para todos los hombres de buena fé, el testimonio de la constancia tantas veces desconocida de mis opiniones.

Los acontecimientos de 1830 me sorprendieron al servicio de la antigua dinastía. La servia en los puestos oscuros y secundarios de la diplomacia. Secretario de embajada durante mucho tiempo en varias cortes de Italia, acababa de ser nombrado para el cargo de ministro plenipotenciario en Grecia. Supe en el estrangero la revolucion de Julio y volví á Francia. Esta revolucion no tenia quejas contra mí, una vez que era liberal y moderada. Yo era tambien moderado en mis sentimientos, y en mis ideas mas liberal que la misma revolucion. Podia, pues, acogerme y me acogió; pero un escrúpulo de honor y de fidelidad me impidió entrar en las filas de los que la servian.

Vine á Paris á entregar mi dimision al rey Luis Felipe. La puse en manos de M. Molé, ministro entonces de negocios estrangeros. Estaba concebida en estos términos: " Reconozco el hecho y el derecho de la revolucion que " acaba de consumarse. Dispuesto estoy á servir á mi " país en las cámaras ó en cualesquiera funciones electivas " gratuitas. Pero he servido á la dinastía caida, deploro " sus desdichas, y no quiero, continuando al servicio de V. " M., aparecer pasando de un gobierno á otro con la for- " tuna. No me constituyo en oposicion; sino en indepen- " dencia."

El rey leyó esta nota en su consejo, y no se dió por ofendido. La pasó á su hijo el duque de Orleans, diciendole: " Lee, aquí tienes una dimision dada honrosamente." La leyó tambien á M. Laffitte, qnien aprobó sus términos. " Decid á M. de Lamartine, añadió el rey, dirigiéndose á " M. Molé, que venga á verme como en otro tiempo. No " disminuirá nuestra benevolencia hácia él." M. Molé me trasmitió al dia siguiente los detalles de esta invitacion.

"Me conmueven y me inspiran reconocimiento, dije á M. " Molé, las palabras del rey; pero no por esto irè á la cor- " te. Se creeria que voy en pos del favor, cuando no iria " sino para rehusarlo. Me abstengo de toda especie de " relaciones con la nueva dinastía."

Despues de algunas semanas pasadas en Paris, marché para Lóndres, donde me llamaban graves intereses. Me detuve en Hondschoot, pequeña ciudad del departamento del Norte, en la casa de una de mis hermanas, que se habia casado con uno de los hombres mas estimables é influentes del país, con M. de Coppens.

Era el momento de las elecciones; el distrito de Dunkerque buscaba un diputado, y yo buscaba electores. Me presenté, ansioso de entrar en la carrera parlamentaria. Presentada mi candidatura, fuí á Lóndres á esperar el resultado de las elecciones.

M. de Talleyrand era entonces embajador en Lóndres y enia el peso de la diplomacia europea. Era por sí solo

un congreso. Muchas veces lo ví, lo admiré en su trabajo y aun me inspiró respeto. Habia consagrado su vida á la ambicion y al placer; consagraba su vejez á la paz y á la reconciliacion de la Inglaterra y de la Francia. Su pensamiento era el mio. Por las mañanas conversábamos á menudo sobre la crísis del mundo. Me instó porque volviera yo á la carrera diplomática y le opuse mis escrúpulos. Los combatió con razones de estado, y yo los conservé por razones de honor.

Volví á Hondschoot y me encontré conque los orleanistas me combatian como legitimista, los republicanos como orleanista, y los indiferentes como poeta. Esta palabra se convirtió desde entonces en vulgar injuria contra mí. Cuántas veces hube de maldecir entonces la desdichada notoriedad de los versos que habia escrito en los ócios de mi juventud! "Todavía si fueran malos, decia yo á mis amigos, " el público no los conoceria, ò me los perdonaria, pues es- " cusa ó amnistía á los malos poetas que abundan en los " negocios públicos. Pero jamás perdona á los poetas, cu- " yos versos no olvida. La poesía es el crímen irremisible; " menester es aceptarlo y resignarme. Y sin embargo, " digo como Galileo: me creo con el buen sentido y con el " valor de un ciudadano vulgar."

Mis protestas fueron vanas; hubo pertinacia en relegarme al cielo. El dia de la eleccion hubo una larga y formidable emocion contra mí en la plaza de la ciudad de Berges, en frente de la casa de correos, á donde habia yo ido á esperar mi suerte. La guardia nacional tenia trabajo para protejerme contra las vociferaciones y las amenazas de mis adversarios. Cada cuarto de hora recibia yo impresos en favor ó en contra mia. Eran verdaderos *hustings* ingleses. Leia con desdén y con lástima aquellas diatrivas, sin contestarlas.

Al fin de la mañana, me llevaron un panfleto en verso, titulado *Nemesis*, amargo apóstrofe del poeta Barthelemy, que se burlaba de mí con motivo de mi candidatura. Los versos eran magníficos como insultos, llenos de ironía, y sangrientos con las heridas que creia hacer á mi ambicion y á mi vanidad. Era el látigo de una furia arrancando á cada chasquido sonoro los pedazos de la piel de un pobre Orfeo. Soy por naturaleza de tal manera imparcial, que admiré los golpes al mismo tiempo que los sufria.

"¡Cómo, esclamé, tengo el valor de esponerme á toda luz " á la malevolencia de los partidos, de descender de mi " nube inviolable á la pelea, de afrontar las pasiones políticas, de correr el peligro, con la única intencion de de- " fender la causa de la civilizacion, de la pátria, de la in- " teligencia y de la libertad! y hé aquí á un poeta, á un " émulo, á un colega proscripto como yo por la preocupa- " cion contra los poetas, que se une á la turba de las me- " dianías para ultrajarme en mi desinterés y lapidarme " con sus versos, mientras esta eleccion me arroja todo su

" lodo. ¡Ah! esto es demasiado fuerte. No tengo ven-
" ganza; pero tengo indignacion en el alma, y es preciso
" desahogarla."

Tomé la pluma, y escribí temblando de cólera cívica, y de una sola vez, la respuesta à la *Nemesis*, que pocos dias despues apareció en los periódicos de Paris, y que puso de mi parte, no á los burlones, sino à los patriotas, que sobre todo repitieron las estrofas siguientes:

Non, sous quelque drapeau que le barde se range,
La muse sert sa gloire et non ses passions!
Non, je n'ai pas coupè les ailes de cet ange
Pour l'atteler, hurlant, au char des factions!
Non, je n'ai pas couvert du masque populaire
Son front resplendissant des feux du saint parvis,
Ni pour foutter et mordre, irritant sa colère,
Changé ma muse en Némésis!

.....

L'or pur que sous mes pas semait sa main prospère
N'a point payè la vigne ou le champ du potier;
Il n'a point engraissè les sillons de mon père,
Ni les coffres jaloux d'un avide héritier.
Elle sait où du ciel le divin dernier tombe!
Tu peux, sans le ternir, me reprocher cet or:
D'autres bouches un jour te diront sur ma tombe
Où fut enfouì mon trèsor.

.....

Honte á qui peut chanter pendant que Rome brûle,
S'il n'a l'âme et la lyre et les yeux de Nèron;
Pendant que l'incendie en fleuve ardent circule,
Des temples aux palais, du Cirque au Panthèon!
Honte á qui peut chanter pendant que chaque femme
Sur le front de ses fils voit la mort ondoyer;
Que chaque citoyen regarde si la flamme
Dévore déjá son foyèr!

Honte á qui peut chanter pendant que les sicaires,
En secouant leur torche, aiguisent leurs poignards,
Jettent les dieux possents aux rires populaires
Ou traînent aux égouts les bustes des Césars!
C'est l'heure de combatre avec l'arme que reste;
C'est l'heure de monter au rostre ensanglanté,
Et de défendre au moins de la voix et du geste
Rome, les dieux, la liberté.

.....

Détrompe toi, poëte, et permets-nous d'étre hommes!
Nos mères nous ont fait toutes du méme linion!
La terre que vous porte est la terre où nous sommes,
Les fibres de nos cœurs vibrent au même son!
Patrie et liberté, glorie, vertu courage,
Quel parte de ces biens m'a donné déshêrite?
Quel jour ai je vendu ma part de l'heritage
Aux bêtards de la liberté?

Va, n'attends pas de moi que je la sacrifie
Ni devant vos dévains, ni dèvant le trépas!

Ton Dieu n'est pas le mien, et je m'en glorifie:
J'en adore un plus grand qui ne te maudit pas!
La liberté que j'aime est née avec nôtre âme,
Le jour où le plus juste a bravé le plus fort,
Le jour où Jéhovah dit au fils de la femme:
Choisis, des fers ou de la mort!

.....

Un jour, de nobles pleurs laveront ton délire,
Et ta main, étouffant le son qu'elle a tiré,
Plus juste arrachera des cordes de ta lyre
La corde injurieuse où la haine á vibré!
Mais moi j'aurai vidé la coupe d'amertune,
Sans que ma lèvre même en garde un souvenir;
Car mon âme est un feu qui brûle et qui parfume
Ce qu'on jette pour la ternir.

Esta fué mi indicacion, porque no fué una venganza. El insulto en verso puede hacerse inmortal. Una pena inmortal infligida á álguien por una triste satisfaccion de amor propio un momento herido, es un crímen que Dante olvidó en su "Infierno." Las estrofas de Píndaro no tienen alas para llevar el insulto al cielo ó á la posteridad.

M. Barthélemy replicó en una segunda *Nemesis*, en la que derramó aceite y miel sobre las heridas que me habia hecho. Yo todo lo olvidé, escepto su talento y sus desdichas, esplicadas segun dicen por otros infortunios y que ya es tiempo de amnistiar. La musa es tambien una Magdalena que no se prosterna en vano á los piés del tiempo, este gran redentor, hermosa con ese arrepentimiento de la juventud que todo lo hace perdonar. Jamás he visto à Barthélemy; pero he sabido que Béranger le profesaba afecto. Todo el mundo puede fiar en semejante garantía.

Despues que el escrutinio de Bergues se declaró contra mí, salí de la ciudad al espirar el dia, al ruido de los aplausos que saludaban la victoria de mi rival y mi derrota. Renuncié á otras tentativas, y emprendì un largo viage al Oriente.

Dos años despues, volvia con mi caravana de la ciudad y del oásis de Damasco, ese puesto avanzado del comercio de Oriente, á la orilla del gran desierto de Mosopotamia. Estaba yo acampado bajo los cedros del Anti-Líbano. Miraba desde lo alto de un mamelon el largo y ancho valle de la Cœlesyria, en cuyo fondo reverberaban los rayos del sol como en un cristal inmenso, contra el mármol amarillo de los templos de Balbek. Veía á lo lejos á un ginete árabe que subia, al paso cansado de su yegua, las colinas rocallosas que conducian á mi campamento. Al acercárseme se apeó, registró su cintura, sacó una carta, la llevó á su frente saludàndome, y la entregó á mi intérprete.

La carta era del cónsul de Francia en Siria y contenia otra de mi hermana.

Madama de Coppens me anunciaba mi nombramiento de diputado por los electores de su querida ciudad de Honds-

choot y de Bergues. El tiempo y la influencia de mi cuñado en el país, donde era querido, habian unido á mi nombre toda aquella comarca. Esta era una eleccion de familia, y tal fué el sentimiento que esperimenté hácia esta poblacion del Norte, en que todo es corazon aunque todo sea razon. Parece que estas provincias flamencas, verdadero *Latium* francés, no se reunieron mas tarde al foco de la Francia, sino para estrecharse con mas patriotismo y amor en torno de nuestra unidad nacional. Esta provincia sin fronteras es la mejor defendida, porque tiene por fronteras batallones mas inespugnables que fuertes murallas.

Despues de haber leido estas cartas cambié mi camino que me llevaba entónces á Egipto y tomé el de los puertos de Siria. Un buque me llevó á Chipre, á Rhodas, á Smirna, à Constantinopla. En seguida atravesé à caballo la inmensa parte del continente que se estiende de Constantinopla al Danubio. Ví la Bulgaria, la Servia, la Hungría y al paso entreví la Alemania. Lleguè á Francia pocos dias antes de la sesiones de las cámaras.

Mis largos viages me habian hecho todavía mas indiferente á los diversos partidos que dividian á mi país. Era absolutamente estraño á sus facciones parlamentarias, y así, ningun trabajo me costó aislarme.—¿En dónde os sentaréis en la asamblea? me preguntó la víspera uno de mis amigos. —En el techo, le respondí; y en efecto, habia resuelto ser imparcial. La naturaleza de mi espíritu me inclinaba á

tomar de cada partido aquello que me parecia contener la verdad, sin adoptar ni sus pasiones, ni sus ambiciones ni sus errores. Ingrato papel en tiempo de revoluciones! Me resigné á él sin embargo, sin hacerme la menor ilusion acerca de la impopularidad que me preparaba en todos los campos.

En efecto, luego que subí á la tribuna, fuí el blanco de los ataques de todos los periódicos. Poesía, y siempre poesía! decian los partidarios de la nueva causa reinante. Metafísica y filantropía! decian los hombres de cálculo. Complacencias ambiciosas y cortesanía disfrazada! decian los republicanos. Todos unánimemente me relegaban à la region de las quimeras; todos me recordaban sin cesar mis hemistiquios. Estas eran las *carreras de bequetas* de mi espíritu. Y yo sufria este ostracismo, antes que faltar á mis convicciones.

Mas el infatigable trabajo de estudios políticos y oratorios á que me entregaba, comenzó á hacer que de vez en cuando se me escuchara con menos disfavor. Los aplausos que se me tributaban en el esterior, en la càmara imponian á mis enemigos. No faltaban periódicos que al dia siguiente desfiguraran mis discursos y afirmaran á su público, que habia yo tartamudeado frases sonoras, faltas de ideas, y todavía mas faltas de conviccion. Su público los creía bajo su palabra. Pero un público mas numeroso y mas imparcial hacia insensiblemente mas justicia á mis esfuerzos. Al